

X SEMINARIO DE LA RED-CAPS
ii10 años haciendo red!!
Barcelona, 14 de noviembre de 2008

**LÍMITES Y POSIBILIDADES DE ACCIÓN Y PARTICIPACIÓN EN SALUD DESDE
UNA SOCIEDAD CIENTÍFICAS CONSERVADORAS: LA SEGO**

Enriqueta Barranco Castillo.

Profesora asociada de Ginecología de la Universidad de Granada

ANTECEDENTE^a

Según Simone de Beauvoir:

“No se nace mujer: llega una a serlo. Ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; la civilización en conjunto es quien elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica como femenino” (El segundo sexo, tomo II, p. 13).

Magníficas palabras, para mí nunca superadas, con las que tomé conciencia de que formaba parte de una mitad de la población “segregada, apartada” por la otra mitad de la misma. Y yo iba a trabajar en una especialidad médica pensada por hombres – los segregadores – pero ejercida, (por propia definición la Ginecología es la ciencia que se ocupa del diagnóstico y tratamiento de las mujeres) sobre las mujeres, no para las mujeres. Esta toma de conciencia sería tan decisiva que marcaría casi todo mi devenir profesional.

Cuando se me planteó, desde Red-caps, que hiciera una ponencia [o encargo dado al ponente, el DRAE no menciona a la ponente], sobre mi evolución dentro de la Ginecología no lo pensé dos veces y acepté. Me pareció algo más útil que buscar bibliografía ajena sobre un determinado tema y luego contarla. Ahora el repertorio sería mi consciente y, muy probablemente, mi inconsciente, pues trataría de bucear en mis recuerdos y plasmarlos en una alocución. Tendría que divulgar cómo me fui

^aAcción, dicho o circunstancia que sirve para comprender o valorar hechos posteriores (DRAE)

preparando para trabajar de ginecóloga feminista en un universo, por entonces, poblado de hombres visibles ¹ y engraidos, encargados de definir lo normal y lo anormal en los procesos de salud y enfermedad de las mujeres.

En mi exposición seguiré un camino poco convencional, más subjetivo y menos ajustado a los cánones academicistas al uso. A veces las orgías de subjetividades femeninas han conseguido arrancar un cambio de actitudes más favorable a nuestra condición. Ya sabemos que a la ciencia patriarcal la subjetividad no le interesa, lo que no es cuantificable pertenece al universo femenino y este no suele ser objeto de estudio, no es válido.

LA ENTRADA^b

He sustituido el término introducción, masculino y conminatorio, por el femenino entrada, porque voy a exponer la forma de entrar en el mundo de la Ginecología y de la Obstetricia.

En palabras de Joaquín Estefanía (en un comentario al libro de Tony Juan Sobre el olvidado siglo XX, El País 20 de septiembre de 2008, Babelia) “entre los olvidos, uno de los más clamorosos es el de los intelectuales, los personajes que en el siglo pasado fueron uno de los vehículos fundamentales para el debate, la transmisión y la difusión de ideas”. Y es que yo pertenezco a aquella generación en la que la influencia de los intelectuales fue decisiva para el acercamiento al feminismo científico y social. Sin ellas no estaría aquí y por esto les dedicaré un recuerdo.

Yo nací a la concepción feminista de la Ginecología, de la Obstetricia y de la Medicina en general con el Segundo Sexo, una obra que cayó en mis manos casi por azar en el año 1975. La descubrí en el escaparate de una modesta librería cuyo nombre ni recuerdo. Fue un libro que leí y subrayé con fruición, sentada en las escaleras de los jardines de mi hospital, un recinto que casi podría ser de mi propiedad por las largas horas que he pasado en él y en sus dependencias anejas. Mis ojos lectores cada vez se abrían más conforme avanzaban las páginas de tan enriquecedor y valioso texto. Se trataba de una edición argentina adquirida a comienzos del mes de junio del año 1975. Hoy, a mi hija le parece anticuada, pero entonces era algo tan nuevo que no se parecía a ninguna de las lecturas a las que hasta entonces había tenido acceso. Se hablaba de las vidas de las mujeres, de todas las mujeres que se encontraban en mi imaginario, se trataba de explicar cosas que yo hasta entonces había considerado inexplicables o que quizá a fuerza de ser injustas se habían

^bActo de ser alguien recibido en un consejo, comunidad, religión, etc., o de empezar a gozar de una dignidad, empleo, etc., (DRAE)

justificado en el inconsciente: iniciación sexual, mujeres casadas, mujeres lesbianas, mujeres maduras, mujeres maltratadas... ¡Cuántas mujeres había y cuántos mundos de mujeres se encerraban en este ensayo!

En mi universidad, y menos en mi Facultad de Medicina jamás se había hablado de feminismo. Allí había llegado yo a finales de los años 60. Procedía de una familia de clase media y muy conservadora. Hasta mi generación en su seno las mujeres nunca habían jugado un papel relevante. Mi madre había influido en mi promoción personal y, apoyada por una mujer maravillosa que fue mi maestra D^a Isabel, logré escapar de la rutina pueblerina. Sin embargo, cuando se planteó que yo quería ser médica ya fue otra historia. Conseguí mi propósito y tras seis años de dura competición con mis pares masculinos logré colocarme en la cabeza de mi promoción y así poder acceder al ejercicio de la Obstetricia y de la Ginecología.

Ya por entonces tenía presente que no iba a ser fácil y efectivamente no lo fue. Luciendo un buen expediente académico, el catedrático de turno decidió no apoyar mis pretensiones de ser ginecóloga, dando sus votos (confianza) a otros compañeros. La evidencia de mis calificaciones logró derribar la muralla de sus perversas intenciones. Simplemente no quería mujeres en el Servicio y era tan presuntuoso como para exclamar ¡una mujer nunca se fiará de otra para sus partos y sus necesidades ginecológicas! Esta presunción siempre me dejó entrever la cobardía y la inseguridad con la que se acompañaban estos padres de la ciencia. Con ella no impidieron que se abrieran las puertas de las mujeres a la práctica ginecológica en mi ámbito de actuación. Sin embargo, tengo que dejar constancia que en aquellos años no me sentía feminista sino pionera en la lucha de las mujeres por acceder al poder detentado por los hombres.

Transcurrieron años de formación y de competición. Formación clínica y competición humana. Tenía que demostrar que sabía y podía ejercer como ginecóloga pero ser mejor que ellos. Y comencé a tener claro que para este ejercicio bueno y saludable no podría reproducir las normas y prohibiciones establecidas por el poder hegemónico. Fue entonces cuando la lucha silenciosa me acompañó durante bastantes años. Sabía pero no podía....

Finalmente, un desgraciado acontecimiento logró abrirme al mundo. Fue un despido laboral fundado en mi condición de luchadora por la mejora de la atención a la mujer, por estar en contra del ejercicio de tanto poder por la clase médica. Este despido tendré que agradecerlo siempre, porque con él me vería lanzada desde el mundo de las ideas al de la realidad. Y esta realidad se vio materializada tras la lectura del primer libro del Colectivo de Salud de las Mujeres de Boston. De nuevo un libro me ayudaría a encontrar lo que yo intuía pero no lograba ver, que el saber ginecológico no

era una cosa seria y que un grupo de mujeres había logrado demostrarlo. Su lectura, tan reveladora para mí, unida a la del magnífico libro de Ian Chalmers ¿Qué es esa cosa llamada ciencia? fueron el pistoletazo de salida para mi posicionamiento definitivo. Redacté un artículo titulado El ginecólogo ante la condición femenina... con el que puse de manifiesto la desconfianza con la que la ciencia ginecológica nos había vigilado a lo largo de la historia de la especialidad. Sería mi primer texto publicado en una revista científica y, además, había recibido un accésit en un prestigioso concurso de la Fundación Uriach de Historia de la Medicina.

EL CAMINO^c

Yo ya tenía claro dónde quería llegar pero tuve que plantearme ¿Cómo lograrlo? ¿Cómo conseguir que una mujer ginecóloga y feminista tuviera un lugar respetable - y digno de respeto- en el mundo dominado por los hombres?

Sería entonces cuando me incorporaré al entonces llamado Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada. Desde allí tuve acceso al conocimiento y la doctrina feminista de la mano de Amelia Valcarce, Celia Amorós, M^a Ángeles Durán y tantas otras mujeres que vertieron sobre mí sus pensamientos. Supe lo que era el techo de cristal, el trabajo no remunerado ejercido por las mujeres y la fuerza motriz del PIB, el significado de género y sexo y tantas y tantas otras cosas, conocimientos que fueron afianzando mi posición de defensora de la salud de las mujeres por encima de cualquier otra posición metodológica. Inmediatamente se plantearía un gran problema, el de poder señalar a los poderosos lo equivocados que estaban en sus argumentos. Y solo pensé en sentar una estrategia reivindicativa allí donde fuera. No en vano algunos de mis compañeros todavía dudaban de si yo sería capaz de hacer una ponencia si ellos me la encargaban, duda que asaltaba fundamentalmente a alguien a quien no se le reconoce precisamente por su elocuencia y saber hacer.

En Sevilla, en el transcurso de un congreso sobre Menopausia, y escuchando las ponencias de sus sabios hacedores, no puede evitar colocarme en la posición de las mujeres y ver cómo los hombres diseccionaban nuestro cuerpo para reducirlo a objeto de enfermedad. Me sentí mal física y psíquicamente, me veía tan cosificada por la ciencia que pensé que era imposible que fuera así. Pero lo era. A la vuelta de dicho congreso escribí una carta al entonces presidente de la Sociedad Española de Ginecología y Obstetricia (por entonces creo que todavía era la Sociedad Ginecológica

^c Dirección que ha de seguirse para llegar a algún lugar (DRAE)

Española) –SEGO – reivindicando la salud de las mujeres durante la menopausia. La respuesta que obtuve fue de cortesía, en ella se me indicaba que mi carta sería llevada a una sesión plenaria de la sociedad, y lo fue, pero nada más. Posteriormente logré que uno de los presidentes de turno escribiera a las asociadas llamándolas por su nombre, en lugar del habitual estimado socio. Desde entonces se mantiene la visibilidad de las asociadas en la correspondencia.

META^d Y ACCÉSIT^e

Ya me había marcado una meta. Mis actuaciones irían encaminadas a abrir una brecha en el paternalismo de ginecólogas y ginecólogos, tratando de obtener un PREMIO colectivo, que imaginé como un incremento significativo de catedráticas de ginecología, profesoras titulares, jefas de servicios, presidentas de grandes sociedades, etc., mujeres, mujeres que se sintieran primero mujeres y después grandes profesionales. En cambio, solo logré un accésit, término derivado del latín *accedere* y que se refiere a un premio de segunda categoría, por llamarlo de alguna manera. Y realmente es todo lo que creo haber logrado.

Me he ido implicando en las sociedades científicas de mi ámbito, fundamentalmente en las de anticoncepción. Desde ellas he tratado de señalar a ginecólogas y ginecólogos que la ciencia no debe cosificar el cuerpo femenino. He defendido – y defiendo – la autogestión de la fertilidad como medio de independencia del cuerpo sexuado de las mujeres frente al poder del patriarcado. Sistemáticamente se nos oculta esta posibilidad, porque la ciencia anticonceptiva es patriarcal y los hombres, y las mujeres que se ven antes como médicos que como mujeres, son quienes investigan.

He ido denunciando a la cirugía ginecológica como lo que realmente es, el fracaso de la medicina y de la prevención, por desconocimiento, porque existen grandes carencias en investigación básica. Las medicinas alternativas se me antojan más integrales en cuanto a la visión del cuerpo femenino. La medicina tradicional desintegra nuestro cuerpo con ligaduras de trompas, histerectomías, mastectomías, episiotomías, etc., otras tantas secciones anatómicas con las que el poder ha tratado de cortar la libertad de las mujeres. Ecografías, mamografías, ovarios políquísticos etc., son visiones de la ciencia y contribuciones a la desintegración de nuestra

^d Fin a que se dirigen las acciones o deseos de alguien (DRAE)

^e En certámenes científicos, literarios o artísticos, se da una recompensa inferior inmediata al premio (DRAE)

armónica feminidad. Ovariectomías, anexectomías, histerectomías, son algo más que castraciones médicas.

Actualmente me encuentro en una posición casi cómoda, porque en este largo caminar he tenido la oportunidad de conocer a personas y entidades con las que me he sentido identificada. Este es el caso de Redcaps y todo el grupo que se aloja en estas siglas, cuando veo el trabajo que hacemos me convenzo aun más de que todo lo que he ido labrando a lo largo de mi vida ha sido útil.

La revisión histórica, así contada puede parecer simple y reflejar un camino sin dificultades. Pero no ha sido así. Volví a poner una gran dosis de esfuerzo y preparación intelectual para poder colocarme en una posición digna en la que al menos me sintiera respetada. He escrito y publicado en libros, revistas, web, etc., y en todas las actividades he tratado de dejar claro que para el mundo ginecológico lo más importante tiene que ser la salud y el bienestar de las mujeres, que se deben dejar atrás los intereses partidarios, partidistas e industrializados con los que a menudo nos presionan. Pero queda mucho camino por recorrer antes de que el siglo XXI pueda ser considerado el Siglo de la Igualdad para temas de salud y enfermedad.

Y ahora, más que nunca, tienen sentido las palabras de Simone de Beauvoir, con las que quiero concluir esta retrospectiva, igual que ella concluyó su gran obra, con un hálito de esperanza:

“Liberar a la mujer es negarse a encerrarla en las relaciones que sostiene con el hombre, pero no negarlas. Aunque se plantee para sí, no dejará de existir también para él; al reconocerse mutuamente como sujeto cada cual será para el otro, sin embargo, el otro. La reciprocidad de sus relaciones no suprimirá los milagros que engendra la división de seres humanos en dos categorías separadas; el deseo, la posesión, el amor, el sueño, la aventura. Y las palabras que nos conmueven: dar, conquistar, unirse, conservarán su sentido. Por el contrario, cuando sea abolida la esclavitud de una mitad de la humanidad y todo el sistema de hipocresía que implica, la “sección” de la humanidad revelará su auténtico significado y la pareja humana encontrará su verdadera figura.”
Simone de Beauvoir, El segundo sexo, tomo II, p. 517, penúltima de la primera edición en castellano.